

teológicas. Sin embargo, los sabios religiosos que le trataron aseguraron con juramento que hablaba de los dogmas mas sublimes de la religion con una precision, exactitud y sublimidad, que los dejaba asombrados. Proponiañle las cuestiones mas dificiles acerca de la Trinidad, de la Encarnacion y divinos atributos, y á todas satisfacía con tan sublime doctrina y tan acertadas respuestas, que se veía claramente ser el divino Maestro quien le enseñaba. En efecto, en la oracion era en donde Dios le manifestaba aquellos arcanos, que no es dado al hombre comprender, y mucho menos explicar con palabras. Importunábanle los religiosos con las preguntas mas arduas y argumentos mas dificiles que tiene la teología, deseosos de alimentar sus almas con aquella ciencia no aprendida que salía de sus labios. Pero el santo, temeroso de los perjuicios que podría ocasionar á su humildad esta prueba, inventó un artificio para ocultar su milagrosa sabiduría. Procuróse varios libros teológicos, leía en ellos, y de ellos daba á entender que sacaba las respuestas que le oían. Para este efecto escribió dos libros, en donde trataba de la union hipostática del Verbo divino, y de otras materias igualmente intrincadas; y para dar á entender que nada de lo que allí habia era produccion suya, puso en la portada esta inscripcion: *En el nombre de la Santisima Trinidad, Padre, Hijo y Espiritu Santo, tres personas y un Dios verdadero, criador de todas las cosas visibles é invisibles, á quien sea dada la gloria y el imperio por todos los siglos de los siglos, amen. Yo fray Pascual Bailon, natural de Torre-hermosa de Santa Maria de Horta, escribi este farrago para mi espiritual recreo, habiéndole recogido fielmente de muchos libros santos.* No obstante esto, estando en cierta ocasion enfermo, pidió con suma eficacia al guardian que quemase estos libros, para

que no quedase en el mundo cosa alguna de donde le pudiese resultar honor y gloria.

Persuadido que la humildad es el mejor cimiento de la perfeccion, aun en las acciones mas minimas procuraba Pascual su abatimiento. Ocultaba con estudio todas las gracias que recibía del cielo, para que no hiciesen aprecio de él. Huía de los lugares donde la fama de su santidad habia producido una extraordinaria veneracion de su persona. En el convento buscaba con esmero los oficios mas bajos, y se ejercitaba en ellos con tanto gusto como pudiera tener un ambicioso en los empleos mas honoríficos. Deseando el santo que el vestido contribuyese á ejercitarle en la virtud de la humildad, lo traía humildísimo; su hábito era un centon de remiendos, y estos encontrados en los muladares. Sucedió algunas veces reprenderle públicamente el prelado por faltas que Pascual no habia cometido; jamás pretendió excusarse: puesto de rodillas, clavados los ojos en el suelo, y con un semblante lleno de majestuosa tranquilidad, oía la injusta reprehension; y acabada, besaba los pies al prelado, y quedaba muy gozoso de haber imitado en algo á Jesucristo. Otras veces se juntaba con los religiosos jóvenes, ó con los novicios, cuando el maestro les imponía alguna penitencia, humillándose como reo, y sujetándose al castigo el que era reconocido inocente y venerado de todos por santo. Así llenaba por todos los medios las obligaciones que prescribe la humildad cristiana, sin que jamás se le viese ni dar excusa abonando su conducta, ni quejarse del agravio que se le hacia, ni echar la culpa á quien la tenia verdaderamente, ni rehusar la reprehension ó el castigo, ni últimamente dar muestras de resentimiento en su semblante.

La virtud de la humildad, la de la paciencia y la de la obediencia están tan íntimamente unidas, que

con dificultad se encuentra la una sin la otra. En los ejercicios de la obediencia hallaba Pascual mucho que sufrir, y ocasiones de humillarse; y de la misma manera en la paciencia y en la humillacion encontraba el mérito de la obediencia. Jamás se negó á disposicion alguna de sus prelados, sino á la que tenia visos de darle alguna superioridad. Si le mudaban de convento, lo recibia con gusto, teniéndose por peregrino sobre la tierra. Si le mandaban pedir limosna, le parecia estar imitando á Cristo, que se hizo pobre para que nosotros con su pobreza fuésemos ricos. Si le mandaban cavar en el huerto, y hacer el oficio de hortelano, creia estar sufriendo el castigo dado por Dios á nuestro primer padre, y se regocijaba viendo que con el sudor de su rostro sustentaba á sus hermanos y aliviaba la miseria de muchos pobres desvalidos. En todos los ejercicios, en todos los empleos, en todos los destinos encontraba este siervo de Dios el consuelo de su alma, y los medios de santificarla mas y mas. Su espíritu fervoroso en nada encontraba dificultad, ni temia ningun peligro con tal que pudiese conducir para este fin. Vióse esto en la difícil peregrinacion que hizo á Francia en el año de 1570. Ofrecióse al custodio de su provincia un caso arduo que necesitaba consultarse al general; residia este á la sazón en Paris, á donde la escasez de los correos en aquel tiempo hacia necesario enviar un religioso. Habiendo meditado el custodio quién seria mas apto para una expedicion en que peligraba la vida, por causa de estar infestadas las provincias de Francia de herejes hugonotes que odiaban mortalmente á los frailes, halló que solo fray Pascual aceptaria un encargo tan arriesgado. Llamóle, y le mandó que emprendiese este viaje; y el santo con suma alegría se puso al instante en camino, confiado en que Dios le sacaria de todos los peligros. Llegó al

primer convento que tenia su religion en Francia; y habiendo examinado los sabios padres de aquella comunidad la comision que llevaba, y conociendo por otra parte que peligraba su vida, se pusieron á disputar si era lícito obedecer con semejante peligro. Resolvieron que sí, y le dejaron seguir su camino. Iba el santo descalzo de pié y pierna, con un hábito andrajoso, y un rostro de penitencia que llevaba tras sí los ojos de todos. Por cuantos lugares pasaba, en otros tantos recibia infinitos insultos y persecuciones del pueblo, que gritaba con furor: *Al papista, al papista*, acompañando estas insultantes palabras con malos tratamientos, y apedreándole muchas veces. En un pueblo le rodearon una porcion de herejes, creyendo que un fraile, en la apariencia sin letras, podria fácilmente ser convencido é imbuido en sus errores. Preguntáronle si creia que en la hostia consagrada se contenia el cuerpo de Cristo; y habiendo respondido *que sí*, comenzaron á argüirle con sofismas para apartarle de la verdadera creencia. El santo respondió á todo con tanta copia de doctrina y solidez de razones, que, confusos los herejes, empezaron en despique á apedrearle; pero Dios le salvó milagrosamente torciendo la direccion de las piedras. Prosiguiendo su camino, y hallándose molestado de la hambre, se llegó á pedir limosna á la puerta de un poderoso. Mandóle este entrar, púsole á su mesa, y mientras comia le dijo que sus trazas eran de espia español, y que como tal, debia tener por cierto que al levantarse de la mesa mandaria darle la muerte. Calló el santo, quedándose con una serenidad admirable; en vista de lo cual, movida la señora á compasion, hizo echarle de casa sin que lo viese su marido. A este tenor se halló en otros muchos peligros y trabajos; pero como obraba por obediencia, Dios premió esta heroica virtud, haciendo que concluyese su expe-

dicion, y volviere á Almansa bien despachado, como el custodio le habia prometido.

Sobresalió nuestro santo en la virtud de la penitencia. A pesar de ser tan casto que en toda su vida no ofendió á esta virtud, ni con el mas leve pensamiento, se ejercitaba en tan crudas penitencias como pudiera necesitar el mas volúptuoso y distraido. Sufria los frios del invierno caminando con los piés desnudos sobre los yelos y la nieve; y en el verano trabajaba con la cabeza descubierta para que los rayos del sol le hiriesen con mayor vehemencia. Sin embargo de que su vestido ni le daba abrigo, ni le libraba de las inelemencias del tiempo, todavia juzgaba Pascual que era un regalo; y así para desquitarse, llevaba debajo de él varias suertes de cilicios, que con piadosos artificios formaba, unas veces de cerdas, otras de espinas de cardos, y otras de puntas de hierro. Su cama era el duro suelo, ó una porcion de leña, que mas bien servía para atormentar el cuerpo cansado, que para tomar alivio. Pasaba la mayor parte de la noche en continua oracion, ya puesto de rodillas, ya postrado en tierra con los brazos extendidos, para que á la meditacion acompañase el mérito de la penitencia. Dábase crueles disciplinas casi todos los dias del año, particularmente en las fiestas de los mártires, deseando experimentar en si de alguna manera los dolores del martirio. En las festividades de los ángeles repetía la disciplina hasta el número de nueve veces, rezando en cada una de ellas el salmo *Miserere*.... A las maceraciones del cuerpo juntaba la abstinencia. Desde su entrada en la religion se habia propuesto por modelo á su santo patriarca; y anteriormente habia hecho profesion de seguir los pasos del divino Maestro, que, estando crucificado, quiso tener el tormento de gustar hiel y vinagre. Con este pensamiento ayunó así todos los dias de su vida á pan y agua.

Si tomaba algunas legumbres, era sin condimento alguno, para que el paladar no percibiese deleite. Alguna vez comió carne; mas para imitar el tormento del divino Maestro, la dejaba primero que se corrompiese, de manera que el feter y hediondez la hiciesen mas desagradable que la hiel y vinagre. Este ayuno prodigioso lo observaba aun estando enfermo, sin que las persuasiones del médico y de sus hermanos alcanzasen de él moderacion alguna en su severa abstinencia.

A virtudes tan sublimes acompañaba una oracion continua y una altísima contemplacion de los divinos misterios, en la cual gustaba su alma de tan soberanas dulzuras, que recompensaban abundantemente todos sus rigores, ayunos y penitencias. Oraba de continuo en cualquier lugar que se hallase. La continuacion y el fervor le llevaron á tan alto grado, que se le vió muchas veces privado de sus sentidos, y haciendo unos movimientos que manifestaban los raptos de su alma, y el torrente de delicias que recibía en la oracion. Estos efectos eran mas sensibles en presencia del sacramento de la Eucaristía, ó de las sagradas imágenes de Jesucristo y su santísima Madre. Tal vez enajenado y fuera de si mismo, se daba contra las paredes, y rodaba las escaleras hasta que el dolor le volvía á su ser, y le hacia cortar el impetu de la contemplacion. De sus escritos en esta materia se deduce la alteza y perfeccion á que llegó este siervo de Dios. Ellos contienen lo mas puro, lo mas acendrado y sublime de cuanto escribieron los santos. Allí se ven unos coloquios tan tiernos y afectuosos, que prueban el ardiente fuego en que fueron engendrados. Lo mas patético de los salmos, las oraciones mas fervorosas de la Iglesia, los afectos mas encendidos de los contemplativos, las expresiones mas vivas y amorosas, las gracias mas humildes y rendidas, la ponderacion

mas justa de las grandezas de Dios y de sus divinas piedades, todo se encuentra en el pequeño tratado de oracion que escribió este santo para su instruccion y consuelo. A la Madre de Dios tenia una devocion tierna y afectuosa; veneraba sus imágenes con una humillacion y respeto, que infundia devocion en cuantos lo veian. Rezaba su santo rosario con tanta frecuencia, que tenia las cuentas gastadas; y en sus pláticas y conversaciones jamás trataba de otra cosa que de la vida y pasion de Jesucristo y de las grandezas de su Madre santísima.

Unas virtudes tan heroicas quiso Dios que estuviesen adornadas en su siervo con aquellas gracias que se llaman *gratis datas*, las cuales, aunque no tienen esencial conexion con la virtud verdadera, las suele conceder Dios misericordiosamente para manifestar la santidad de sus siervos. Tuvo el don de profecia, el de penetrar los corazones, y el de hacer milagros. En todos ellos fué admirable, juntando al mismo tiempo la exaltacion de la gloria de Dios y el provecho de sus prójimos. Una de las cosas que predijo, fué el dia y hora de su muerte. Segun se acercaba esta, notaba el santo en la efervescencia de su espíritu que queria desasirse de las cosas terrenas y de los lazos de la carne, para unirse eternamente á aquel á quien habia amado toda su vida. Notó esto tambien una mujer piadosa, que, viendo al santo ayudar á misa, advirtió en su semblante una alegría y sonrisa tan extraordinarias, que la pareció ver á un bienaventurado. Estando, pues, en el convento de Villareal, y presintiendo que estaba cercana su muerte, dijo á un religioso que le lavase los piés. Extrañó este semejante diligencia en un hermano que tan poco cuidaba del aseo de su persona, y mucho mas sabiendo la profunda humildad que caracterizaba sus acciones y pensamientos. Significó al santo su extra-

ñeza, y este le respondió con una calma y sencillez admirables: *No os admireis, hermano, que quiero tener los piés limpios para recibir el santo sacramento de la extremauncion, si acaso Dios quisiere que me sea necesario recibirle.*

El suceso manifestó que hablaba con espíritu profético; pues de allí á pocos dias cayó gravemente enfermo. Sufrió con suma paciencia los dolores y congojas de una dolencia que las tiene tan mortales, como es el tabardillo y dolor de costado. Nunca le oyeron quejarse, ni pedir medicina ni alimento, ni volverse de un lado á otro en la cama; antes bien, su rostro alegre y tranquilo manifestaba el deseo que tenia de ser desatado de los lazos de la carne para vivir eternamente con Cristo. En el discurso de la enfermedad, que duró solos ocho dias, se levantó una vez á dar limosna á los pobres, dándole la caridad y la gracia las fuerzas que faltaban al cuerpo. En esta ocasion avisó á una pobre mujer, que estaba enferma, de que en un mismo dia saldrían los dos de este mundo; lo cual se verificó. Agravóse la dolencia; y habiendo recibido los sacramentos de la Eucaristia y extremauncion con devocion suma, pidió que para morir le sacasen de la cama y le pusiesen en el suelo, queriendo imitar en esto á su santo patriarca. No se le concedió; y así contento de todos modos con la voluntad de Dios y de sus superiores, teniendo un crucifijo en las manos, los ojos clavados en él, y el dulce nombre de Jesus en la boca, espiró dando su espíritu al Señor, el dia 17 de mayo del año de 1592, primer dia de la Pascua de Pentecostés, y á la misma hora que elevaba el sacerdote la sagrada hostia en la misa mayor. Su cuerpo quedó hermoso, flexible, y con un semblante que movia á un mismo tiempo á veneracion y á ternura. Las gentes se conmovieron, y acudían de todas partes á venerar el santo cadáver, publicándole

por santo. Teníase por dichoso el que podía lograr la parte mas mínima de un remiendo de su hábito, ó cualquiera otra cosa por despreciable que fuese. El cielo glorificaba á este siervo de Dios con infinitos prodigios, pues ningun doliente tocó al santo en los tres dias que estuvo expuesto á la veneracion de los fieles, que no recibiese el remedio de su enfermedad. Ya habian dejado casi desnudo el santo cuerpo, y de hora en hora crecia la multitud del pueblo que acudia movido de la fama de su santidad y de sus milagros. Pensaron en enterrarle, y para lograrlo tuvieron que valerse de la astucia y de la autoridad de la justicia. Pusieron el cadáver en una caja, con suficiente porcion de cal viva para que se consumiese la carne, y así lo depositaron debajo del altar dedicado á la purísima Concepcion de María. El año de 1611 se hizo por el comisionado del obispo de Segorbe la inspeccion del cadáver, el cual fué hallado entero é incorrupto, sin embargo de haber sido cubierto de cal cuando se hizo su entierro. Justificado esto, y una portentosa multitud de milagros que seria largo referir; habiendo acudido con reverentes súplicas los reyes, principes y grandes, entre ellos el duque de Gandía, que dedicó al santo un magnifico sepulcro; y últimamente, á solicitud de su religion, beatificó Paulo V á este siervo de Dios, el dia 19 de octubre de 1618, y Alejandro VIII le canonizó despues en 1690, continuando Dios sus prodigios, por la intercesion de este santo, con todos aquellos que para ser oidos procuran ser imitadores de sus santas obras.

MARTIROLOGIO ROMANO.

En Villareal en el reino de Valencia, san Pascual, del órden de Menores, hombre de admirable penitencia é inocencia.

En Pisa en Toscana, san Torpetes mártir, uno de los

principales oficiales de Neron, de quienes habla san Pablo escribiendo desde Roma á los Filipenses: *Todos los santos os saludan, pero principalmente los que son de la casa del César.* Despues de haberle abofeteado por la fe de Jesucristo, y azotado cruelmente con varas por órden de Satélico, le expusieron á las bestias para que le devorasen; mas no habiendo recibido mal alguno, le cortaron la cabeza el dia veinte y nueve de abril: su fiesta se celebra hoy á causa de la traslacion de su cuerpo.

El mismo dia, santa Restituta, virgen y mártir, la cual, en tiempo del emperador Valeriano, habiendo sido atormentada de diferentes maneras en Africa por el juez Prócula, fué expuesta sobre el mar en una barca llena de pez y de estopas, para ser quemada en medio de las aguas; pero cuando se puso fuego, las llamas se volvieron contra los que las habian encendido, y la santa entregó su espiritu orando á Dios. Su cuerpo fué llevado milagrosamente con la barca á la isla de Isquia, cerca de Nápoles, donde lo recibieron los cristianos con grandes muestras de veneracion y de piedad. Constantino el Grande hizo edificar despues una iglesia en Nápoles en honra de la santa.

En Nion, los santos mártires Heraclio, Pablo y Aquilino, con otros dos.

En Calcedonia, san Solocano, y sus compañeros soldados, que padecieron martirio en tiempo del emperador Maximiano.

En Alejandria, los santos mártires Adrian, Victor y Basilio.

En Vurtzbourg, san Bruno, obispo y confesor.

La misa es en honor del santo, y la oracion la que sigue.

Deus, qui beatum Pascha- O Dios, que adornaste á tu
lem confessorem tuum mirifica bienaventurado confesor Pas-